

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Psicología

PSICOTERAPIA II

Ficha de Cátedra

Suceso, situación, acontecimiento

Expone: Ignacio Lewkowicz

Organización: FADU

Lugar:

Buenos Aires

Fecha: 13-03-03

Perfil: Charla

FOTOCOPIADORA	
C.E.PsI	
(24) Psicoterapia II	
Folio	S/F
22	D/E 5

Tenemos que pensar las relaciones entre unos términos que frecuentemente usamos: situación, suceso, acontecimiento. Interesa sobre todo precisar, si fuera posible, cómo las situaciones constituyen actualidad; cómo las situaciones se constituyen en la actualidad; cómo los modos de pensar, significar y hacer se constituyen en actualidad y no en función de unas determinaciones históricas. Si algún valor tienen las nociones de suceso, acontecimiento o situación, es la capacidad para ir produciendo actualidad, para ir circunscribiendo lo que tiene valor actual, es disponer de la potencia para decir que hay un presente que no es la mera extensión de un pasado.

No es sencillo; es muy difícil que haya presente. En general, lo que llamamos presente es la pura perduración inercial de algo que en su

momento tuvo sentido. Y como tuvo sentido en esas determinaciones, se suele suponer que sigue siendo una usina que proporciona materia vital. Pero si lo que hay es puro efecto de un pasado, entonces no tiene actualidad, es pura fantasmagoría: no es algo que se constituye en la situación, sino que sólo se muestra en función de determinaciones previas. Tradicionalmente, la historia y el psicoanálisis tienen un modo de pensar que plantea que lo que se presenta como actualidad es la fantasmagoría de una escena original. Psicoanalistas e historiadores tienen un gesto casi automático de remitir el presente a un pasado, pues se supone que lo que se presenta como presente no tiene potencia suficiente como para hacer sentido. En esa línea seguramente iremos abriendo una serie de discusiones.

Me encantaría dar una definición en regla para estas tres palabras: situación, suceso y acontecimiento. Pero no hay definiciones que cierren: el estado actual de los desarrollos teóricos no es satisfactorio, si se trata de sistematizar esas tres nociones. El estado actual más bien exige problematizarlas. Ahora, la problematización no es un ejercicio prolijo; es un trabajo en que los factores que se toman no tienen la misma densidad ni el mismo nivel teórico. Las distintas líneas de problematización no podrían componerse en un solo plano, de modo que habrá que situarse en diferentes registros para tratarlas. Hablaremos de escalas de aproximación, de dimensiones. Habrá que improvisar en el terreno del lenguaje. De modo que tendremos que ir haciendo distintas aproximaciones que problematicen en distintas escalas las distintas dimensiones de estos conceptos: situación, suceso, acontecimiento; y así ir produciendo su sentido o su eficacia como herramientas para pensar, confiando que en después, trabajo mediante, nos puedan ser de alguna utilidad.

Quisiera plantear la noción de situación entre otras dos: totalidad y fragmento. Pero no creo que el problema se reduzca a postular que la situación sea el resultado de promediar la suma de la totalidad y el fragmento; más bien se trata de ir poniendo algunos mojones que sirvan para señalar la pertinencia de usar estos conceptos. Otros dos términos que van a aparecer son estado y mercado. Una situación se definirá se-

gún un modo de relación con la lógica de estado, y un modo de relación con la lógica de mercado. Y habrá dos términos más que van a estar presentes para pensar cómo se constituye una situación: sólido y fluido, como dos modalidades de lo que es.

Donde todas estas nociones, ideas, esquemas, se vuelven incompatibles entre sí aparece, o tenemos que hacer aparecer, la situación. Es decir, tenemos el nombre de una herramienta conceptual que no aparece donde se hay articulaciones conceptuales, sino donde se producen las incompatibilidades, las incomodidades, etc. Por ahora, llamamos situación a esa zona de insolvencia. La totalidad es en principio una ilusión, una quimera del pensamiento. Y sobre todo, es una intuición sin concepto. Uno se imagina una cosa muy pero muy grande, adentro de la cual está "todo"; a eso lo llamamos totalidad. Pero el uso instrumental que hacemos de la noción de totalidad es siempre bastante flojo: porque lo que se suele hacer es transferir la responsabilidad del pensamiento y la acción a la totalidad supuesta.

En la estrategia de fuga hacia la totalidad, respecto de cualquier x que uno tenga que tratar, si se tiene la coartada de la totalidad, siempre podrá decir que "esta x no es un hecho aislado". Y entonces uno se organiza a una distancia que supuestamente detenta el sentido de esa x .

La totalidad permite siempre la fuga hacia otra entidad, y postergar el problema de la x . Dicho así, parece un planteo moral. Pero el planteo es conceptual. Conceptualmente, la totalidad está siempre en un estado penúltimo. Conceptualmente, la tradición del pensamiento filosófico siempre estuvo a punto de consumir la totalidad. Esa idea de lo penúltimo sería así la implicación temporal de esa irresponsabilidad. Es casi un automatismo del pensamiento: situar algo dentro de otra cosa. Ahora, si considero esa otra cosa, voy a tener que situarla dentro de una tercera. Hubo un invento maligno hacia los años treinta: el teorema de la incompletud de Gödel. Entre otras cosas, fue lo que hizo caer el esquema de lo que se suele llamar pensar, fue lo que arruinó cualquier idea de totalidad lógicamente articulable. Hay muchas versiones del teorema de Gödel pero, si queremos acotarlo a un campo más o menos

racional pero comprensible, podríamos plantearlo así: ningún sistema lógico puede probar su propia consistencia. Y esto tiene consecuencias tremendas para el pensamiento de la totalidad, pues para probar la consistencia de cualquier sistema tengo que referirlo a otro, ¿y cómo pruebo la consistencia de ese otro? De nuevo, tendré que referir ese segundo sistema a un tercero. De modo que según este teorema, cualquier intento por armar una totalidad consistente estará siempre en un penúltimo estadio, pues siempre faltará la prueba de la consistencia del que da consistencia.

En el último esqueleto lógico, si algo habilita al pensamiento de las situaciones es esta idea: hay situaciones porque no hay totalidades. Es decir que aunque sea insuficiente, tengo que pensar esta particularidad desde sí misma, pues también es insuficiente el expediente de remitirla a una supuesta totalidad más amplia —que también es particular—. Entonces, o el pensamiento se posterga infinitamente, o asumo la situación para pensarla desde sí; pues si bien la situación no detenta las condiciones para ser pensada, tampoco hay otra instancia que sí lo haga. Es ahí que tenemos una situación. Una situación no es parte de un todo. La parte toma su consistencia de un todo. Pero la situación forja desde sí su propia consistencia, que por lo tanto es precaria. Una situación no es una parte. Desmarcamos entonces la noción de situación respecto de la de totalidad, de modo de evitar "deducir" que como la situación no es total, entonces es una parte. La situación es el punto en que tenemos que hacernos responsables, el punto en que tenemos que constituirnos, el punto que tenemos que habitar, sin remitirnos a una totalidad. Casi simétrica a la de totalidad es la noción de fragmento. Casi, por supuesto. Un fragmento, técnicamente hablando, es un cacho. Un fragmento es lo que queda cuando se desmorona o se desfonda una totalidad o una consistencia supuesta. Es una esquirla, un cacho de realidad que ha perdido la relación con el conjunto que le daba consistencia, y que aún no detenta en sí las condiciones para pensar su propia consistencia. Un fragmento no puede ni remitir a una totalidad estallada ni pensarse desde así. Lo que decía: un cacho. Un fragmento tiene un contorno real:

procede de una dislocación que no pasó por líneas conceptuales sino meramente prácticas; pasó lo que pasó y ahí está el cacho que quedó.

Así, al pensar la idea de situación habrá que pensar que no es parte de un todo, ni es parte de un fragmento insensato. No habrá situación cuando el sentido venga de afuera ni cuando se experimente la pura insensatez, el puro sinsentido. Ahora bien, ¿qué elementos forman parte de una situación? En este punto resulta un obstáculo la idea de contexto entendido como cercanía. El pensamiento tiene una comodidad: piensa que lo geográficamente más cercano tiene más influencia que lo más lejano. La intuición de cercanía funciona como un residuo inercial del pensamiento al abordar una situación. El año pasado charlamos sobre la idea de contexto: vimos que para un punto cualquiera, el modo de habitarlo es lo que determina cuál es el contexto de ese punto. Pero la "inspección ocular" del entorno tipológico de un punto no es inmediatamente el espacio que constituye la situación de ese punto. El pensamiento del contexto no es una pura topología de las cercanías o vecindades. Lo que forma parte de una situación es la serie de conexiones sobre un punto específico, es lo que conecta, sin importar de dónde proceda. Pierre Vilar, un historiador, decía que la historia es una disciplina total. Pero no total en el sentido en que recién yo planteaba, sino de otra manera, bien, porque es un maestro. Esa idea de historia total dice "total" en el sentido de que pueden convocarse de todos lados las líneas de sentido necesarias para que un problema sea pensado. Podemos ver algo de esto en un ejemplo interesante – al menos para un historiador.

Hubo una significativa transformación de las familias medievales en torno del siglo XIV en cuanto al número de miembros. El número de hijos era una función de la edad del matrimonio: cuanto más jóvenes se casen –sobre todo las mujeres–, más hijos tendrán. El número de hijos también es función de la prohibición del incesto: cuando más grados de prohibición del incesto haya, más difícil será conseguir marido. Recordemos que estamos hablando de aldeas medievales, y que una prohibición de los parientes de tercer grado puede incluir a todo el conjunto de la propia aldea. Pero en el siglo XIV el número de miembros por fami-

lia cambia. Unos estudios astronómicos contemporáneos muestran que existen unos ciclos solares hasta aquí desconocidos. Esos ciclos afectan a su vez a los rendimientos agrícolas. Así, los rendimientos del trigo en el siglo XIV están afectados por ciertos ciclos solares que determinan una merma en la producción de trigo. ¿Eso forma parte de la historia de los modos de organización familiar? Esa idea de historia total dice que sí, que por más lejano que sea el sol y sus ciclos, está íntimamente ligado con la organización familiar. A ciegas pero efectivamente, es constitutivo de la edad de matrimonio y de los grados de prohibición del incesto, como restricción externa. Y es claro que no es un problema que está en el entorno social inmediato sino que es algo que ocurre a una gran distancia. Sin embargo, conecta con la situación e incide en ella quizás más que alguna coyuntura política topológicamente mucho más cercana..

Quizás el dominio militar ocasional sobre la región, por más cercano que sea, influya menos que esos abstractos ciclos solares. Una mirada contextual difícilmente diría que el sol forma parte de contexto de planificación familiar; pero una mirada situacional diría que sin embargo, hay una ligadura allí. Al contrario, para una mirada contextual puede que la presencia militar de un duque victorioso en la región resulte evidentemente parte del contexto que condiciona la organización familiar, pero una mirada situacional, si no requiere de ese dato, por más cercano que fuera, no lo va a convocar como clave alguna del sentido. Por supuesto que esto no significa que los agentes tengan conciencia de ese suceso como un silogismo directo, pero sí que no hay que remitirse a la distancia a la que ocurre una acción para decidir si condiciona el modo de habitar un espacio, es decir, si forma o no parte de la situación.

Este largo ejemplo es para mostrar que la idea de una situación no remite a lo inmediatamente próximo sino a lo materialmente conectado con ella. Una situación se determina desde un punto y no desde un todo. Tenemos un punto problemático a habitar; el modo en que se plantea el problema producirá las conexiones, las junturas con distintos puntos que, por más heterogéneos que sean, devienen inmanentes a partir del problema que tenemos. Esto es importante pues si estamos cambiando

en algo el modo de realización del ejercicio de contexto, esta línea algo podrá aportar. Una cosa es recorrer una zona y leer ahí el contexto; y otra es partir de algún punto problemático y tejer la situación para que ese punto tenga sentido. Y lo que entra en discusión entonces es la idea que sostiene que el contexto preexiste. Las preexistencias son un estorbo para el pensamiento, son una rutina un hábito que le resta actualidad a la actualidad. El modo de pensar sin remisión a preexistencias, que intenta articular la experiencia en puntos de actualidad, fatalmente nos llevará a la noción de acontecimiento.

La noción de acontecimiento tuvo mucha prensa últimamente. Tal vez la facultad de arquitectura haya estado más a salvo. Borges dice que los acontecimientos históricos suelen ser pudorosos, pero los gobiernos se dedican a falsificarlos con acopio de propaganda, publicidad, etc. Así que para poder pensar un acontecimiento hay que separarlo de cualquier connotación de espectacularidad. Un acontecimiento tiene una cualidad casi imperceptible. Y en principio, para pensar una situación que se produzca como efecto de un acontecimiento, necesitamos situar el acontecimiento como una interrupción, una anomalía o una heterogeneidad respecto de un orden estructural. Un acontecimiento es algo que en principio no tiene cabida en una estructura. En un orden de regularidades cualquiera, hay una serie de determinaciones. Hay una serie de factores causales o determinantes que desde el pasado van desplegando los fenómenos; esta lógica de las determinaciones preexistentes supone que todo lo que ocurre es el despliegue de lo que estaba plegado, el desarrollo de lo que estaba enrollado. Es decir que lo que ocurrirá en la situación ulterior estaba contenido en germen en la anterior. El reservorio de todo el sentido está en el pasado, o en las determinaciones, o en la lógica estructural, o en la sustancia de la cosa, o en la esencia. Y el devenir será siempre meramente una apariencia.

El devenir, lo que va pasando, es nada más que el irse mostrando lo que estaba contenido en el origen, es nada más que el desarrollo de las posibilidades dadas, es nada más que el pasaje en acto de lo que ya estaba en potencia. Y entonces el acto tiene el sentido de su haber estado en potencia. Su acto no es más que la actualización de lo que ya era. Pero

entonces cualquier acto es una fantasmagoría; no tiene una realidad, una densidad, un sentido propio, sino que vive de prestado. El grueso de lo que llamamos "hechos", el grueso de "lo que pasa", podría ser pensado como pliegue de lo que era el universo. Podríamos llamar a eso suceso. Un suceso es algo que sucede en el sentido de formar parte de una sucesión: si algo sucede es porque toma su sentido de su lugar en una serie. Podemos llamar suceso a un evento que se anota como momento en el despliegue de lo que estaba en potencia, y no a un evento que se separa y nos obliga a pensar. En cuestión de palabras y nominaciones, quizás nos convenga llamar suceso a lo que conserva un orden de sentido sucesivo, a lo que procede de una secuencia. Esto, siempre y cuando reduzcamos el suceso a su mero suceder; es decir, siempre y cuando pensemos que lo que sucede no agrega nada a lo que precede, sino que sólo muestra el precedente, aunque con un nuevo maquillaje. Éste es todo un modo de pensar bastante habitual. La carrera de Historia, por ejemplo, consiste en decir dónde estaban los precedentes. A la revolución de Mayo anteceden las invasiones inglesas, que también tienen sus antecedentes, y etc. Lo cual lleva a una pregunta —que para mí fue reveladora— que formula Castoriadis: ¿dónde estaba escondido el piano en el Neolítico? Es una pregunta en serio: es la pregunta por que sentido tiene remitirse a los antecedentes, por que subjetividad se genera cuando uno —o un equipo, o un conjunto— se piensa a sí mismo por remisión a un origen. Pero la serie puede ser pensada de otro modo que como mera sucesión.

Un excelente ejemplo es el modo en que Borges piensa la relación de Kafka con sus precursores. Borges dice que de joven quiso hacer un listado de los precursores de Kafka. Primero pensó que Kafka era singular como el ave Fénix, pero que después, a fuerza de frecuentar los textos de Kafka empezó a encontrar el estilo, la atmósfera de Kafka, en otros autores. O sea que Kafka no es único: tiene precursores. Y el historiador puede quedarse tranquilo porque puede deducir a Kafka de sus antecesores. Pero no es como parece. Podemos encontrar un primer precursor de Kafka en las aporías de Zenón: una flecha nunca puede llegar al blanco porque antes tendrá que hacer infinitamente el trámite

de recorrer la mitad de la distancia que lo separa de su objetivo, y por más que se acerque siempre le seguirá faltando la mitad. También hay algo de Kafka en Kierkegaard. Si hubiera un solo condenado en la tierra, y ese condenado fuera yo, celebraría el infierno la existencia de la justicia divina. Finalmente se resuelve el juicio y hay algo para festejar: aunque sea hay un condenado. Otro precursor es un poeta chino Han Yu que decía que todos sabemos que el unicornio es un signo de buen agüero, pero en razón misma de lo anómalo que es, podemos estar todo el tiempo frente al unicornio sin reconocerlo. Los ojos ven lo que están acostumbrados a ver. Entonces dice Borges que en estas piezas heterogéneas efectivamente hay algo de Kafka: todas se parecen a Kafka. Pero no se parecen entre sí, y éste es el hecho más significativo. Lo cierto, dice Borges, es que cada creador crea a sus precursores. Si Kafka no hubiera existido, no percibiríamos que hay algo que puede componer a Zenón, Kierkegaard, etc. en una situación.

El acontecimiento Kafka singulariza términos dispersos en una situación, articulando elementos que de otro modo serían inarticulables. Esos elementos son previos, pero sólo son previos en una pura dispersión, en una pura insensatez. No son cosas que formaban un conjunto cercano a Kafka, sino que son términos dispersos que se componen en una situación a partir del acontecimiento. Es decir que aquí no es el orden de la situación el que determina el suceso, sino que es el acontecimiento el que causa la situación que lo contiene. La cualidad Kafka es inhallable en sus precedentes. No podríamos obtener la sustancia del acontecimiento a partir de la mera combinatoria de los elementos previos. O sea que nunca podríamos producir el acontecimiento sin el acontecimiento. El acontecimiento es la puesta en acto de lo que no estuvo en potencia. Pero esto no significa que sea una creación religiosa, milagrosa, porque de hecho los términos estaban. Un acontecimiento es una operación de juntura de términos heterogéneos que se vuelven compatibles por juntarlos. Pero esos términos heterogéneos no son los elementos de una reacción química o los ingredientes de una receta de cocina, sino que se producen retroactivamente a partir del acontecimiento.

Entonces, así como un suceso se define por su mero sucederse dentro de una serie, por no agregar una cualidad sino por desplegar lo que estaba plegado, un acontecimiento se define a la inversa como la introducción de una cualidad heterogénea. Un acontecimiento es una cualidad heterogénea que junta las cosas de otro modo. O que junta otras cosas, elementos muy cercanos pero desligados. Borges no piensa en ligar a Kafka con la tradición religiosa judía, ni con la literatura alemana: ese contexto es una escenografía de rutina que no permite pensar. La idea de que Kafka pertenece a la literatura alemana es un estorbo para pensar a Kafka. ¿Dónde acontece un acontecimiento? Diríamos que en ningún lugar: el acontecimiento va a generar el lugar en que acontece, pero no tiene domicilio. Podemos situar un acontecimiento euclidianamente, pero eso no significa que ese sea su lugar conceptual, su lugar de experiencia, su lugar de conexión. Un acontecimiento, además, reordena de otro modo las cosas. La historia de la literatura va a ser distinta después de un acontecimiento. No basta con agregar a Kafka después de Goethe, sino que con la aparición de Kafka uno puede reordenar los términos de otro modo. Me dijeron que Deleuze plantea una metáfora muy interesante. Él dice que se puede describir la historia como un toallón, y que depende de cómo se lo doble qué puntos quedarán conectados entre sí y qué puntos no. La dispersión de los puntos en el toallón no produce ningún sentido, es una mera dispersión material. Los puntos que se conectan entre sí no dependen del lugar que tenían sino de las operaciones de juntura que hayamos hecho.

Una situación no admite observadores: sólo admite habitantes. Una situación es situación porquien nos obliga a pensar desde dentro. Si no, es una mera ocasión para desplegar la subjetividad que ya tenemos constituida. Para los existencialistas, una situación es ante todo una situación límite. Una situación límite no es aquella de una angustia desbordante porque se dolarizan las deudas, sino que una situación es límite para una subjetividad, para una forma de pensar. Una situación es límite para mí si no puedo habitarla con mi máquina previa de pensar. Es decir que una situación límite no es una desgracia tremenda, sino que es estar ante una configuración de elementos que me obliga a trans-

formarme para habitarla. Una situación límite me plantea que tal como soy, no soy pertinente para habitar esto, y que por lo tanto esto me va a parecer insensato, absurdo, posmoderno, un capricho o un error. En lo que se llamó "el Santiagazo", la población de Santiago del Estero se levantó y destruyó el Palacio de Tribunales, la Cámara de Representantes y algún otro edificio de gobierno. Al poco tiempo hubo elecciones y ganó el gobernador habitual: Juárez. Entonces hubo una discusión en la carrera de Historia, donde un panelista decía lo de siempre: no se entiende cómo es que los mismos que habían impugnado todo volvían a votarlo a Juárez. Y otro le contestaba: "bueno, si no se entiende, habrá que pensarlo de otro modo". O sea que si no se entiende, no es que el fenómeno "está mal", sino que el modo de pensar no puede entenderlo, no puede habitarlo. Los santiagueños no tienen por qué ajustar su vida al modo de pensar del panelista. El modo de pensar tendrá que ser alterado para pensar una serie de hechos que no pueden ser concebidos con el modo de pensar que traíamos antes de que ocurran. Podemos pensar que no son los mismos los que salen a la calle a impugnar la representación, que los que votan haciéndose representar. Y podemos decir que ahí hay una situación límite en tanto hay algo que no es posible entender sin transformar el modo de pensar. La situación no es límite porque sea horrible, sino porque es inhabitable para una subjetividad. En este sentido, es que una situación es situación en tanto que habitada, en tanto que pensada desde sí. Observada por un observador, digamos por un profesor de Filosofía y Letras, era absurdo lo que ocurría. Y habitada empezaba a tener sentido, a condición de transformar el modo de pensar. Habitar no es interpretar: es pensar según la situación, es pensar constituido en la situación. Por eso es muy difícil habitar un espacio: uno en general transita espacios sin habitarlos, desde las determinaciones previas. Por eso también es muy difícil habitar las relaciones: uno en general las transita poblado de representaciones previas, viendo si lo que hay se corresponde o no con la representación, y no si el modo de pensar se corresponde con lo que hay. El sentido como representación es el estorbo fundamental para habitar una situación. Una situación se habita si el que la habita nace al habitar, si se constituye ahí, si piensa

de una manera tal que no piensa cuando está en otro lado. Doy un ejemplo. En un restaurante donde se suele hablar de fútbol, hay uno que se llama "Chaca". Ahora, se llama "Chaca" ahí, en la casa no le dicen "Chaca". Pero si en el restaurante dijera "yo no soy Chaca: soy el ingeniero Álvarez", entonces no estaría habitando la situación y no se constituiría como "Chaca". Es decir que si él se imagina a sí mismo como ingeniero post-doctorado en Massachussets, entonces no podría habitar el vínculo en ese restaurante.

Y esto es algo que pasa. Y sobre todo pasa si uno se piensa según convicciones y no pensando en la situación. Las convicciones, como representaciones a priori, son impedimentos para habitar. Me queda ahora plantear el problema del estado y del mercado. Admitamos que son dos realidades que condicionan en general las cosas, nuestras cosas. Efectivamente son dos factores de poder en la situación, pero son dos factores con lógicas heterogéneas. La lógica del estado impide la situación por totalización. Y el mercado impide la situación por destitución, por disolución. ¿Qué es un estado? En principio es un espacio soberano, una meta-institución poblada de instituciones. El estado es la operación que convierte cualquier término en parte de un todo. El estado es soberano en este espacio, y convierte por su propia operatoria cada elemento de ese espacio en una parte del todo. Antes planteaba sobre el pensamiento puro que uno se equivoca si concibe una situación como parte de un todo, pero esto no es un error personal sino el efecto de la dominación histórica del estado: cuando uno piensa espontáneamente un término como parte de un todo, lo hace así porque siglos de dominación estatal instituyeron ese modo de pensar. Entonces, por un lado decimos que el estado es una institución que permanentemente totaliza. Y por otro, que no se habita una situación cuando se está en ella como parte de un todo. Por ejemplo, esta charla que estamos teniendo ahora sería muy difícil de habitar si tuviéramos que ajustar lo que se habla a un programa que está dentro de una cátedra que está dentro de una carrera que está dentro de la Universidad que está dentro de un proyecto nacional. Si hubiera un proyecto de país que determine cómo las facultades tienen que armar sus carreras, el modo en que se trabaje en las cátedras y en

cada una de sus reuniones, entonces esta conversación sería sólo un momento del proyecto de país. Y esa concepción volvería muy difícil de habitar este espacio, pues tendríamos que hacernos cargo de todo ese sistema de representaciones que nos impediría ver adónde nos llevan las palabras con que estamos pensando.

El estado, entonces, funciona subsumiendo las situaciones en totalidades. El mercado opera de otro modo. El mercado, pensado en términos de flujos de capital, no está atento a ninguna otra cosa que a las conexiones que produzcan mayor ganancia. El capital en la era financiera, virtual, opera en un espacio que no es euclidiano; opera en una frecuencia que hace que las fronteras sean fantasmagóricas. El capital atraviesa las fronteras sin verlas, como el viento, y permanentemente altera las condiciones. Dolina dice que las mujeres demasiado hermosas pueden arruinarle la vida a uno de dos maneras: aceptando o rechazando la proposición de uno. Del mismo modo, el capital puede arruinar cualquier consistencia por sobreabundancia o por carencia. La globalización es ante todo financiera. Pero en la medida en que las finanzas se han globalizado, cualquier punto del globo es pertinente para realizar un negocio eficaz y trasladarse a otro punto. El capital no necesita condiciones estables de proyectos de largo alcance, sino que necesita a cada instante consumir la mayor ganancia posible, y poder trasladarse —es decir, virtualizarse y realizarse en otro punto— con la mayor velocidad posible. En este sentido puede convenir pensar que el capital no se traslada: se realiza y se virtualiza. Es decir que no hay viajes newtonianos de billetes. La fluidez indica que una realidad se virtualiza y se realiza en otro punto, sin atravesar las estaciones intermedias. Es decir que para que un dólar vaya de Buenos Aires a Madrid no tiene que pasar por el Atlántico.

Entonces, esas instituciones que eran partes de un todo tampoco son situaciones desde el punto de vista del capital porque son meras ocasiones que se atraviesan y destituyen. Ésta es la vía de la fragmentación; así como el estado tiende a totalizar, el mercado tiende a disolver: agruma y disuelve. Entonces, habrá situación si una operatoria nos pone a salvo de la disolución mercantil y de la totalización estatal. Habrá una

situación si podemos habitar lo que hay, produciendo consistencia desde lo que hay, sin dejar que se disuelva y sin por eso hacerlo sólido, parte de un todo. Habrá situación si podemos pensar desde lo que hay constituyéndolo, y no desde un afuera describiéndolo. Propongo ahora alguna idea operatoria con respecto a cómo pensar una situación y un acontecimiento. Uno podría pensar, según el concepto del toallón, que tenemos una superficie infinita de puntos insensatamente conectados. Si uno viera una foto total de lo que hay, no podría ver ninguna conexión hasta que empezara a ver qué conexiones hay. La conexión por pura contigüidad es tonta, es amontonamiento sin cohesión. Frente a un acontecimiento habrá que ver entonces cómo se pliega el toallón, qué puntos conectan con nuestra situación. Habrá que ver qué líneas de sentido —la prohibición del incesto, la edad del matrimonio, los ciclos solares— entran en conexión efectiva con ese punto. Y todos los demás, por cercanos que sean, no pertenecen a la situación. La pertenencia es ante todo una pertinencia: se pertenece sólo porque se es pertinente para lo que está aconteciendo.

Esto es sólo nombrar el problema, no aporta ninguna solución. Pero supongamos que el esquema formal sirve para algo. Digamos entonces que no están conectados en la superficie en sí los puntos que van a estar conectados en la situación. Digamos que lo que acontece extrae de lo que pasa la situación. La situación no es el entorno donde va a ocurrir algo, ahí tendríamos un suceso en una serie. En una situación, un acontecimiento obliga a la superficie a configurarse de otra manera, a seleccionar los puntos que pueden entrar en la relación de habitabilidad con esto, y a desdeñar o apartar los puntos que son en sí impertinentes. Así, Borges tuvo que apartar la literatura alemana para establecer las conexiones pertinentes para la situación de Kafka. Es decir que la cercanía respecto de lo que acontece puede ser engañosa. Uno puede preguntarse dónde acontece efectivamente. Eso que aparentemente acontece a comienzo de siglo en Alemania, ¿dónde acontece? Quizás producir la situación sea instalar el lugar donde acontece lo que acontece.

La idea de situación tiene un costado liberador, pero tal como estaba planteada tiene un vector de arbitrariedad muy fuerte. Ese vector arbi-

trario fuerte no lo tratamos. Tenemos que ver cómo se piensa eso; creo que ése es efectivamente el problema. Según el planteo de Carolina, sería un error pensar que los elementos del entorno no forman parte de la situación por despotismo de Borges. Borges decía que un poeta francés – no me acuerdo el nombre ni sé si lo supe alguna vez – tenía un modo de producción de metáforas que consistía en mirar una cosa y esforzarse por pensar en otra, es decir, en forzar la distancia. De ese modo producía artefactos pero no metáforas, pues las verdaderas metáforas ya están inventadas, decía Borges. Aquí parece haber un mandato semejante para forzar el distanciamiento: “desentiéndase del entorno porque ahí no está la situación sino sólo la prisión; haga conexiones locas”. Y ése es efectivamente un riesgo. Por otra parte, parece muy buena la nominación que Carolina propone al decir la inocencia de la situación. La inocencia de la situación habría que plantearla no como inocencia virginal sino como corrupción sobre corrupción: no es una inocencia virginal que dice “ahora que te conocí voy a armar el mapa de mi cabeza completamente de nuevo”, sino una inocencia que remite a poder percibir en una situación que opera como obstáculo. Si hablamos de una inocencia de la situación, no nos referimos a una virginidad, a una inocencia originaria, sino a la laboriosa defeción de las convicciones que no permiten habitar lo que pasa. Lo cual ignoro cómo se lleva a cabo. Y más aún en el campo de la arquitectura. No sé cuál es la operatoria es función de la cual se pueda detectar que un modo de pensar ha devenido obstáculo. -(...)

Por cómo entiendo el planteo de Sergio, el problema es cómo se determinan estas ideas en el ejercicio práctico de la profesión, en la práctica docente, o en los ejercicios prácticos múltiples de la disciplina. Me gustaría efectivamente constituirme en ese plano, ir viendo al pie de las prácticas qué determinaciones adoptan mil ideas que son puramente tontas si no están en relación con una práctica que las determine. Para mí, la relación entre las ideas que planteaba en el ejercicio profesional y docente, tienen también este esquema. Pero habrá que ver cómo se componen y qué más hay que traer. Pero en lo que decía Sergio había un segundo paso que no era sólo señalar la necesidad de esa composi-

ción, sino plantear que desde el vamos habría un desacople entre esa espontaneidad del acontecimiento tal como la planteé formalmente, y la deliberación voluntaria del arquitecto desde su formación.

El arquitecto tendría la necesidad profesional de producir. Ahora, si no entendí mal el planteo, había una indicación: el modo habitual en que se produce, lo cristaliza. Es decir que los modos prácticos en que transcurre la profesión instalan el acontecimiento cristalizado, y no se suman al devenir ulterior. En el planteo de Carolina aparecía este problema. De acuerdo: Kafka es un precursor que crea a sus precursores. ¿Pero se acaba ahí la cuestión? ¿Ese pensamiento se debe al efecto Kafka o al efecto Borges? El acontecimiento quedó cristalizado en el momento en que Kafka escribió y aglutinó a sus precursores, o una vez que hizo eso, eso siguió produciendo y produjo el efecto Borges. Luego podríamos pensar en Borges como un precursor más de Kafka desde su propia lógica. O incluso esta misma reunión podría entrar en esa lógica. El punto es que en este señalamiento está la advertencia de que el acontecimiento no es un monumento, sino que es una posibilidad de habitar una situación. Pero esa situación se irá habitando en la medida en que efectivamente se vaya habitando. Es decir que los habitantes –Kafka, Borges, nosotros– se irán determinando en la medida en que vayan determinando ese espacio. Ahora, no entendí si en el planteo eso es una determinación histórica de la disciplina, un mal hábito de la facultad, o un modo universal de ejercicio de la profesión. Ahí me gustaría entrar más en detalle para ver cuáles son las prácticas que congelan el acontecimiento, cuáles son las prácticas arquitectónicas que lo detectan para voluntariamente cristalizarlo, y cuáles son las prácticas que se suman a su devenir. En esto me gustaría ver cómo le resuena a cada uno. ¿Qué hacen con las manos cuando hacen algo que potencia el devenir, y qué hacen con las manos cuando cristalizan el devenir de una idea o de una posibilidad? -(...)

Aquí Eduardo hace aparecer otra línea. Habría una condición de ejercicio ya no con la transmisión universitaria de la práctica, sino con la constitución de los estudios, que por plegarse a los mercados entra no en una lógica de cristalización sino de disolución. Es una línea que to-

ma otro camino. Habrá que ver. En todo caso, hay algo en la práctica del oficio que tiende a cristalizar por un lado, y por otro, hay algo en la práctica del oficio que tiende a disolver en nombre de las instantáneas exigencias del mercado.

Vínculos:

Palabras clave: FADU

Desagraba: Textos ad hoc

Última revisión: 05-05-03